

FRANCISCO GARCÍA FITZ
FELICIANO NOVOA PORTELA

CRUZADOS EN LA RECONQUISTA

Prólogo de
Miguel Ángel Ladero Quesada

Marcial Pons Historia
2014

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO, por Miguel Ángel Ladero Quesada	9
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO I. RECONQUISTA VS CRUZADA	19
La Cruzada	20
La Reconquista	31
Cruzada vs Reconquista	46
CAPÍTULO II. ANTES DE LAS CRUZADAS: GUERREROS EUROPEOS EN LA TEMPRANA RECONQUISTA HISPÁNICA.....	55
Hasta la toma de Barbastro en 1064.....	55
Después de Barbastro y antes de 1096	64
CAPÍTULO III. CRUZADOS EN LA RECONQUISTA HISPANA (1096-1217).....	69
Al calor de la Primera Cruzada.....	69
«La batalla del Ebro».....	74
El Mediterráneo catalano-aragonés	79
Castilla y León	87
CAPÍTULO IV. CRUZADOS DE PASO HACIA TIERRA SANTA (1096-1217).....	101
Los primeros peregrinos hacia la Jerusalén cruzada	101
La Segunda Cruzada y el escenario atlántico peninsular	105
Los efectos de la Tercera Cruzada	115

	<u>Pág.</u>
La Cruzada alemana.....	124
La Quinta Cruzada.....	125
 CAPÍTULO V. CRUZADA Y RECONQUISTA DURANTE LA CONSOLIDACIÓN POLÍTICA Y MILITAR DE LAS MONAR- QUÍAS HISPANAS (1218-1492).....	 131
El enfriamiento papal respecto al «frente cruzado hispánico».....	131
Las aportaciones foráneas en la época de las grandes conquistas	137
La frontera de Granada y la «Guerra del Estrecho»	143
El languidecimiento de la presencia europea en la Cruzada hispánica.	155
La última oportunidad de los cruzados europeos: la guerra de Granada.....	166
 CAPÍTULO VI. LA IMAGEN DE LOS CRUZADOS EN LA HIS- PANIA MEDIEVAL.....	 179
 CONCLUSIONES	 195
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	205
ÍNDICE DE NOMBRES	231
ÍNDICE DE LUGARES.....	239

INTRODUCCIÓN

Fernando del Pulgar, tras repasar la biografía de una veintena de *Claros Varones de Castilla*, de los cuales sistemáticamente había subrayado su dedicación a las armas, sus esfuerzos en las guerras contra cristianos y musulmanes, sus valores caballerescos y sus habilidades militares, se dirigía a la Reina Católica para destacarle cómo aquellos caballeros, junto a otros muchos hidalgos y nobles naturales suyos, habían combatido a los infieles, gracias a lo cual «guerreando a España la ganaron del poder de los enemigos». Con fortaleza y diligencia, con justicia y clemencia, recibiendo el amor de los suyos y siendo el terror de los extraños, «governaron huestes, ordenaron batallas, vencieron los enemigos, ganaron tierras ajenas y defendieron las suyas», y ello a pesar de que «los moros son ombres belicosos, astutos y muy engañosos en las artes de la guerra, y varones robustos y crueles» y de que «poseen tierra de grandes y altas montañas y de logares tanto ásperos y fraguosos que la disposición de la misma tierra es la mayor parte de su defensa».

Necesariamente el autor, que había declarado estar movido por el amor a su tierra a la hora de elaborar su obra, tenía que poner un particular empeño en destacar las «hazañas y notables fechos» de los castellanos, cuya excelencia quedaba a la altura o por encima de los héroes romanos, griegos y franceses. Pero, además, le interesaba mucho subrayar, y así se lo hacía saber a la reina Isabel, que todos aquellos logros obtenidos en la guerra contra los musulmanes los habían conseguido ellos solos, por sus propios y exclusivos méritos, sin el concurso de combatientes de procedencia foránea: «Vi también guerras en Castilla y durar algunos tienpos pero no vi que viniesen a ella guerreros de

otras partes». Su presencia no hacía falta alguna: llegar de fuera a combatir a estas tierras era como llevar hierro a Vizcaya. Los extranjeros eran conscientes de ello: carecía de sentido venir a mostrar su valentía a un lugar «do saben que ay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones de ella que la suya será poco estimada»¹.

El juicio del secretario y cronista de los Reyes Católicos puede entenderse en el marco de una obra concebida para ensalzar lo propio, lo castellano, por cuanto tales aspiraciones suelen conllevar el rebajamiento de lo ajeno, pero no puede negarse que distorsionaba una realidad que, seguramente, conocía: con mayor o menor intensidad según el momento, tanto en la época de Isabel y de Fernando, como en los tiempos de sus predecesores, desde hacía cuatrocientos años, miles de guerreros no hispánicos venían haciendo acto de presencia en las fronteras peninsulares y sumando sus esfuerzos a los realizados por portugueses, leoneses, castellanos, aragoneses y catalanes en su particular lucha contra los musulmanes de al-Andalus.

El fenómeno no ha escapado del interés de los especialistas, que han analizado con mucha solvencia la presencia de cruzados europeos en determinadas operaciones militares llevadas a cabo en el escenario ibérico: los estudios que han indagado sobre su participación en las conquistas de Barbastro, Zaragoza, Lisboa, Almería, Tortosa, Silves, Alcácer do Sal, Algeciras y Granada, en la batalla de Las Navas de Tolosa o el papel desarrollado por grupos de alguna procedencia concreta dan cuenta del interés historiográfico que ha suscitado esta cuestión².

Sin embargo, creemos que se echa en falta una visión específica, de conjunto y con vocación de síntesis, que permita tener una pers-

¹ Fernando DEL PULGAR, *Claros Varones de Castilla*, edición de Robert B. TATE, Madrid, Taurus, 1985, pp. 81-82, y título XVII, pp. 130-131.

² A este respecto remitimos a la bibliografía citada a lo largo del texto. No obstante, consideramos de obligada referencia las tres monografías que Joseph F. O'CALLAGHAN ha publicado durante la última década: *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2003; *The Gibraltar crusade: Castile and the battle for the Strait*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2011, y *The Last Crusade in the West. Castile and the Conquest of Granada*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2014. Además, dada la amplia perspectiva con la que recientemente ha abordado el tratamiento de la presencia normanda y anglo-normanda en la Reconquista peninsular, no podemos dejar de señalar aquí el interés de la tesis de Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, *Norman and Anglo-Norman participation in the Iberian Reconquista (c. 1018-c. 1248)*, tesis doctoral inédita, Nottingham, 2007 (<http://academia.edu/LucasVillegas-Aristizabal>).

pectiva global de aquellas intervenciones, que de cuenta actualizada de las mismas, de su tipología, de sus contextos, de sus desarrollos, de sus protagonistas y de sus consecuencias, que valore su evolución a lo largo de cuatro siglos, su grado de trascendencia en cada momento y el modo en que su aportación fue percibida por los contemporáneos. Tales son los objetivos que pretende alcanzar esta monografía.

Quienes desde la Europa continental, desde las Islas Británicas, desde la Península Escandinava o desde la Itálica protagonizaron este viaje armado a las fronteras hispánicas lo hicieron bendecidos por los papas, justificados, legitimados y movilizados al amparo de un proyecto pontificio y universal, el representado por la idea de Cruzada. Pero llegaban a un ámbito donde se venía desarrollado una ideología de la guerra contra el Islam autóctona y particularista, que podemos categorizar bajo el concepto de Reconquista, cuyos trazos, aunque presentaban indudables similitudes con los cruzadistas, no siempre encajaban en ellos. Ha resultado necesario, pues, aclarar el significado de ambas nociones, explicarlas y confrontarlas, puesto que con ellas se pretendía dar un sentido a las actuaciones de unos y otros. A ello hemos dedicado el capítulo I de esta obra.

Un lector riguroso podría esperar que una monografía dedicada a analizar la presencia de cruzados europeos en la Península Ibérica arrancase su análisis a partir de la predicación de la Primera Cruzada. En términos estrictos, podría argumentarse, no puede haber cruzados antes de la Primera Cruzada. El problema, como tendremos ocasión de explicar más adelante, es que no todos los autores admiten que el llamamiento papal de 1095 supusiera una radical novedad respecto a la concepción eclesial de la guerra imperante en las décadas anteriores y, desde luego, no cabe duda de que cuando alguien gritó «Deus lo vult» en el Concilio de Clermont, la Península Ibérica ya era, desde tiempo atrás y para muchos guerreros europeos, un escenario privilegiado donde combatir al infiel. De ahí la necesidad de que nuestro estudio arranque, en el capítulo II, mucho antes de la Primera Cruzada.

Una vez que se produjo la gran peregrinación armada a Jerusalén, dando continuidad a la atracción que desde antes habían sentido los guerreros europeos por combatir al sur de los Pirineos, el fenómeno no hizo sino acrecentarse: después de todo, luchar en Hispania significaba defender y ampliar las fronteras occidentales de la Cristiandad, y al mismo tiempo contribuía también a la empresa reconquistadora «local» encabezada por los monarcas ibéricos.

Dependiendo de cada operación en particular y de los contextos concretos en que se desarrollaron, sus aportaciones fueron ciertamente muy desiguales, pero parece evidente que su influencia sobre el balance militar del enfrentamiento entre cristianos y musulmanes en la Península fue mucho mayor entre 1095 y 1217, esto es, en la etapa comprendida entre la Primera y la Quinta Cruzada, que en épocas posteriores. Sin duda a ello no es ajeno el dinamismo general del movimiento cruzadista durante aquella docena de décadas y su enfriamiento en los siglos siguientes, pero quizás tampoco haya que perder de vista que el progresivo fortalecimiento de las monarquías hispánicas hizo que las contribuciones foráneas fueran cada vez menos necesarias y, cuando las hubo, menos determinantes en el curso de los acontecimientos.

Como quiera que fuese, la notoriedad de la participación de los cruzados europeos entre finales del siglo XI y las primeras décadas del XIII nos obliga a detenernos en su análisis con mayor detalle. A este respecto, creemos que es necesario indicar, desde un principio, que las expediciones de cruzados europeos que intervinieron en suelo hispano durante este período no respondieron a un único modelo de actuación. Aunque pudiera hacerse una taxonomía más amplia y matizada, al menos hay que reconocer dos tipos de participación foránea: por un lado, debe mencionarse la de aquellos cruzados que se animaron a desplazarse hasta el extremo suroccidental de Europa con el único objetivo de contribuir con su presencia a la guerra que la Cristiandad libraba contra los infieles en la Península. En estos casos, el solar hispano era entendido como un «frente cruzado específico», para el que los pontífices explícitamente otorgaban los mismos privilegios penitenciales y espirituales que los que adornaban a la Cruzada jerosolimitana, los hacían predicar más allá de los Pirineos y auspiciaban el reclutamiento de contingentes para luchar en tierras hispánicas. Por otro lado, encontraremos a un segundo grupo de cruzados europeos para quienes el conflicto ibérico no constituía sino un «frente circunstancial», en la medida en que su objetivo principal era participar en las cruzadas de Tierra Santa y no en la guerra peninsular. En estos otros casos, los cruzados europeos sólo estaban de paso hacia el Mediterráneo oriental, lo que quiere decir que no se habían puesto en marcha para combatir en el «frente hispano», sino que, debido a las exigencias geográficas de su viaje —la necesidad de bordear las costas de la Península—, se podían encontrar en una posición adecuada para intervenir eventualmente en el escenario militar ibérico y alcanzar por

adelantado algunos de los objetivos por los que se habían movilizado, ya fueran éstos de carácter religioso, económico o una mezcla de ambos. Se entiende, pues, que hayamos dedicado a estas materias dos capítulos de la obra, en concreto el III y el IV.

A partir de 1217 y hasta que en 1492 desaparezca el último Estado islámico andalusí, la presencia de cruzados europeos no dejará de hacerse notar, pero es evidente que su peso y visibilidad será mucho menor que durante las décadas precedentes: las aportaciones masivas darán paso a colaboraciones individuales o colectivas de menor entidad, cuya contribución muchas veces parece más testimonial que efectiva. De todas formas, el fenómeno no deja de ser interesante, especialmente porque muestra los cambios experimentados por la sociedad occidental en torno al movimiento cruzado en general, y en particular sobre el conflictivo escenario ibérico. A ello dedicamos el capítulo V de la obra.

Por mucho que los cruzados europeos y los guerreros y dirigentes hispanos colaborasen en una misma empresa, lo cierto es que las relaciones entre ellos nunca fueron fáciles. No cabe duda de que el desconocimiento mutuo, la variedad de tradiciones culturales, pero también la fortaleza de unas identidades específicas que precisamente se iban delimitando gracias a la guerra contra el Islam, contribuían al desencuentro. El desprecio y la desconfianza colorean de manera significativa la imagen que los unos tenían de los otros, y precisamente a estas cuestiones hemos dedicado el último capítulo de esta obra.